

devotísimo y alegrísimo corazón tanta afluencia de dulzura y de gozo. O por eso la concepción de Isabel se pone en noticia de María, porque era razón que un prodigio que se había de divulgar luego por todas las partes, lo supiera la Virgen por el ángel antes de que lo oyese de los hombres; para que no pareciese que la Madre de Dios estaba apartada de los consejos de su Hijo, si de las cosas que se hacían tan cerca en la tierra permanecía ignorante. O mejor, por eso anuncia a María la concepción de Isabel, para que, siendo instruída, así de la venida del Salvador como de la venida del Precursor, y fijando en la memoria el tiempo y el orden de las cosas, refiera después mejor la verdad a los escritores y predicadores del Evangelio, como quien ha sido informada por noticias que el cielo le ha comunicado de todos los misterios desde el principio. O por esto todavía se anuncia a María la concepción de Isabel, para que, oyendo hablar de una parienta suya anciana y embarazada, piense ella que es joven en obsequiarla; y, dándose prisa a visitarla, se dé de este modo lugar y ocasión al párvulo profeta de ofrecer las primicias de su oficio a su Señor menor que él, y fomentándose mutuamente la devoción de ambas madres, excitada por uno y otro infante, se haga más admirable un milagro con otro milagro.

Pero mira que estas cosas tan magníficas que escuchas anunciadas por el ángel no las esperes cumplidas por él. Y si preguntas por quién, oye al ángel mismo: *Porque no será imposible para Dios toda pa-*

labra. Como si dijera: Esto que tan firmemente prometo, lo presumo en el poder de quien me envió, no en el mío; *porque no será imposible para Dios toda palabra*. ¿Qué palabra será imposible para aquel Señor que hizo todas las cosas con el poder de su palabra? Llámame la atención en las palabras del ángel, no decir expresamente *porque no será imposible para Dios todo hecho, sino toda palabra*. ¿Acaso por eso dijo *palabra*, porque tan fácilmente como pueden hablar los hombres lo que quieren, aun aquello que de ningún modo pueden hacer, tan fácilmente, y aun sin comparación con mayor facilidad, puede Dios cumplir con la obra todo lo que ellos pueden explicar con las palabras? Dirélo más claramente: si fuera tan fácil a los hombres hacer como decir lo que quieren, tampoco para ellos sería imposible toda palabra. Mas porque, como dice el vulgar proverbio, del dicho al hecho hay gran trecho, no respecto a Dios, sino respecto de los hombres, para sólo Dios, en quien es lo mismo hacer que hablar y lo mismo hablar que querer, con razón no será imposible toda la palabra. Por ejemplo, pudieron prever y predecir los profetas que la virgen o la estéril había de concebir y dar a luz; pero ¿pudieron hacer por ventura que concibiese y diera a luz? Mas Dios, que les dio a ellos entonces el poder predecirlo, con la facilidad con que entonces pudo predecirlo por medio de ellos con la misma pudo ahora, cuando quiso, cumplir por sí mismo lo que había prometido. Porque en Dios ni la palabra se diferencia de la intención, porque es Verdad; ni el hecho de la palabra, porque es Poder; ni el modo del hecho, porque es Sabiduría; y por eso no será imposible para Dios toda palabra.

Oíste, ¡oh Virgen!, el hecho; oíste el modo también; lo uno y lo otro es cosa maravillosa, lo uno y lo otro es cosa agradable. Gózate, hija de Sión; alégrate, hija de Jerusalén ¹¹. Y pues a tus oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oigamos nosotros de tu boca la respuesta de alegría que deseamos para que con ella entre la alegría y el gozo en nuestros huesos afligidos y humillados. Oíste, vuelvo a decir, el hecho, y lo creíste; cree lo que oíste también acerca del modo. Oíste que concebirás y darás a luz un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que le envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia, a los cuales tiene condenados a muerte la divina sentencia, de que seremos librados por tus palabras. Ve que se pone entre tus manos el precio de nuestra salud; al punto seremos librados si consientes. Por la palabra eterna de Dios fuimos todos criados, y con todo eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para no volver a morir. Esto se suplica, ¡Oh piadosa Virgen!, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abraham, esto David con todos los santos Padres tuyos, los cuales están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo postrado a tus pies. Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salud, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo vuestro linaje. Da, ¡oh Virgen!, aprisa la respuesta.

¹¹ Zach., IX, 9.

¡Ah!, Señora, responde aquella palabra que espera la tierra, que espera el infierno, que esperan también los ciudadanos del cielo. El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó tu hermosura, tanto desea ahora la respuesta de tu consentimiento; en la cual sin duda se ha propuesto salvar el mundo. A quien agradaste por tu silencio agradarás ahora mucho más por tus palabras, pues El te habla desde el cielo diciendo: *¡Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz!* Si tú le haces oír tu voz, El te hará ver el misterio de nuestra salud. ¿Por ventura, no es esto lo que buscabas, por lo que gemías? ¿Qué haces, pues? ¿Eres tú aquella para quien se guardan estas promesas o esperamos otra? No, no; tu misma eres, no es otra. Tú eres, vuelvo a decir, aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada, de quien tu santo padre Jacob, estando para morir, esperaba, la vida eterna, diciendo: *Tu salud esperaré, Señor* ¹². En quien y por la cual Dios mismo, nuestro Rey, dispuso antes de los siglos obrar la salud en medio de la tierra. ¿Por qué esperarás de otra lo que a ti misma te ofrecen? ¿Por qué aguardarás de otra lo que al punto se hará por ti, como des tu consentimiento y respondas una palabra? Responde, pues, presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por el ángel; responde una palabra y recibe otra palabra; pronuncia la tuya y concibe la divina; articula la transitoria y admite en ti la eterna. ¿Qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Cobre ahora aliento tu humildad y tu vergüenza confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En sólo este

¹² Gen., XLIX, 18.

negocio no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es agradable la vergüenza en el silencio, pero más necesaria es ahora la piedad en las palabras. Abre. Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Creador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. ¡Ay si, deteniéndote en abrirle, pasa adelante, y después vuelves con dolor a buscar al amado de tu alma! Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

He aquí, dice la Virgen, la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Siempre suele ser familiar a la gracia la virtud de la humildad, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a las humildes. Responde, pues, humildemente, para preparar de este modo convenientemente trono a la divina gracia. *He aquí, dice, la esclava del Señor.* ¿Qué humildad es ésta tan alta que no se deja vencer de las honras ni se engrandece en la gloria? Es escogida por madre de Dios y se da el nombre de esclava. Por cierto, no es pequeña muestra de su humildad no olvidarse de la humildad en medio de tanta gloria como la ofrecen. No es cosa grande ser humilde en el abatimiento, pero es muy grande y muy rara ser humilde en el honor. Y sin embargo, a vista de esto, yo, hombre miserable y de ningún mérito, si me eleva la Iglesia, engañada de mis disimulos, a algún honor, aunque no sea de los mayores, permitiéndolo Dios así o por mis pecados o por los de mis súbditos, me olvido al momento de quien he sido y me reputo tal en mi interior cual me han reputado los demás hombres que no conocen el

corazón. Creo a la fama, no atiendo a la conciencia, y juzgando no la virtud honor, sino el honor virtud, me tengo por más santo cuando me veo más elevado. Verás a muchos en la Iglesia que, hechos nobles de innobles, de pobres ricos, se ensalzan repentinamente y se olvidan de su antigua bajeza; aun se avergüenzan de su mismo linaje y se desdennan de sus humildes padres. Verás también hombres adinerados volar a cualesquiera honores y luego aplaudirse a sí mismos de santidad, precisamente por haber mudado los vestidos y no el alma y juzgarse merecedores de la dignidad a que llegaron por la ambición, y lo que alcanzaron, si me atrevo a decirlo con el dinero, atribuirlo a su mérito. Y paso en silencio a otros a quienes ciega la pasión y el mismo honor les sirve de materia para su soberbia.

Veo también a algunos, que después de haber dejado la pompa del siglo, aprenden a ser soberbios en la escuela de la humildad y bajo las alas del manso y humilde Maestro, muestran mayor altivez y se hacen más impacientes en el claustro que hubieran sido en el siglo. Y lo que es todavía mayor desatino, muchos no sufren ser despreciables en la suya, pretendiendo sin duda así que ya no pudieron encontrar lugar en donde los honores eran apetecidos de todos, a lo menos parecer dignos de ellos en donde por todos se menosprecian.

Veo finalmente a otros, después de haber comenzado el camino de Cristo, volverse otra vez a los cuidados pasajeros, sumergirse otra vez en los deseos de la tierra, levantar con grande cuidado muros y des-

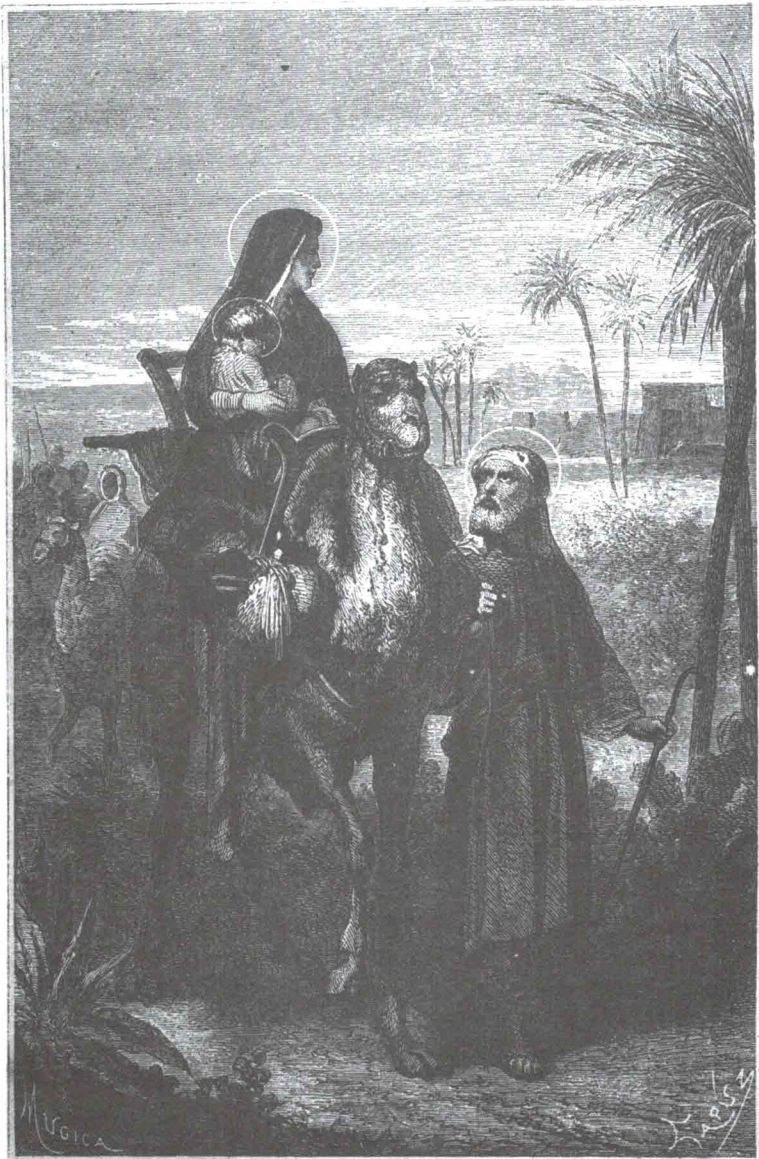
cuidar de las costumbres, vender con pretexto de utilidad sus adulaciones a los ricos y visitar las mujeres poderosas. Y aun, contra lo mandado por el Emperador del Cielo, codiciar lo ajeno y querer reintegrarse de lo que les parece suyo con litigios injustos.

Oigamos, pues, todos los que hallamos algo de esto en nosotros, lo que responde aquella Señora que era escogida para Madre de Dios, pero que no se olvidaba de su humildad. *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra.* La palabra *hágase* significa el deseo que la Virgen tenía de este misterio y no duda alguna sobre el cumplimiento de lo prometido. Pero, nada impide que digamos también, que es palabra de oración en que pide lo que la prometen, pues nadie pide orando, sino lo que cree y espera. Dios quiere que le pidan aun aquello que promete. Y por eso acaso, muchas cosas que dispuso dar las promete primero, para que se excite la devoción por la promesa, y así lo mismo que había de dar graciosamente, sea merecido por la oración. De esta manera el piadoso Señor que quiere que todos los hombres sean salvados, saca de nosotros para nosotros mismos los méritos y anticipándose a darnos aquello con que nos recompensa graciosamente, hace que no sea graciosamente.

Esto sin duda entendió la Virgen prudente cuando al anticipado don de la gratuita promesa, juntó el mérito de su oración diciendo. *Hágase en mí según tu Palabra.* Hágase en mí acerca del Verbo según tu palabra; el Verbo que en el principio estaba en Dios, hágase carne de mi carne según tu palabra. Hágase en mí, la Palabra, no pronunciada que pase, sino

concebida que permanezca, vestida ciertamente no de aire sino de carne. Hágase en mí no sólo perceptible al oído sino también visible a los ojos, palpable a las manos, fácil de llevar en mis hombros. No se haga en mí la palabra escrita y muda, sino encarnada y viva, esto es, no escrita en mudos caracteres, en pieles muertas, sino impresa vitalmente en la forma humana, en mi casto seno y esto no con el rasgo de una pluma, sino por obra del Espíritu Santo. Para decirlo de una vez, hágase para mí de aquel modo con que para ninguno se ha hecho hasta ahora antes de mí y para ninguno después de mí se ha de hacer.

De muchos y varios modos habló Dios en otro tiempo por sus Profetas a nuestros Padres y también se hace mención en las Escrituras, de que la palabra de Dios se hizo para unos en el oído, para otros en la boca, para otros aun en la mano, pero yo pido que para mí se haga en mi seno según tu palabra. No quiero que se haga para mí o predicada retóricamente o significada figuradamente o soñada imaginariamente, sino inspirada silenciosamente, encarnada personalmente, entrañada corporalmente. El Verbo, pues, que ni podía hacerse en sí mismo, ni lo necesitaba, dígnese en mí, dígnese también ser hecho para mí. Hágase desde luego generalmente para todo el mundo, pero hágase para mí con especialidad y según tu palabra.



CAPÍTULO QUINTO

MARÍA LA MEDIANERA UNIVERSAL

Cuando el Cielo goza contemplando la Virgen fecunda, la tierra se alegra venerándola devotamente.

Allí se halla la posesión de todo bien, aquí el recuerdo, allí la saciedad, aquí una tenue prueba de las primicias, allí la realidad, aquí el nombre. *Señor, dice el Salmista, vuestro nombre permanece para siempre, vuestra memoria pasará de generación en generación* (1). Y a la verdad esta generación y generación, no es de Angeles, sino de hombres.

¿Queréis saber como su nombre y su memoria está en nosotros y su presencia en las alturas? Oid al Salvador cuando dice: *Habéis de orar así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre* 2. Fiel oración, cuyos principios nos avisan de la divina

(1) Salmo CI, 13.

² Mt., VI, 9.

adopción y de la terrena peregrinación, a fin de que, sabiendo que mientras no estamos en el cielo vivimos alejados del Señor y fuera de nuestra patria, gimamos dentro de nosotros mismos aguardando la adopción de hijos, o sea, la presencia del Padre. Por tanto, expresamente habla de Cristo el profeta cuando dice: *Cual espíritu que anda delante de nosotros es Cristo nuestro Señor; bajo de su sombra viviremos entre las gentes* ³, porque entre las celestiales bienaventuradas no se vive en la sombra, sino más bien en el esplendor. *En los esplendores de los santos, dice, de mi seno te engendré antes del lucero* ⁴. Pero esto, sin duda, el Padre.

Mas la madre no le engendró al mismo en el esplendor, sino en la sombra; pero no en otra sombra que con la que el Altísimo la cubrió. Justamente por eso canta la Iglesia, no aquella Iglesia de los santos, que está en las alturas y en el esplendor, sino la que peregrina todavía en la tierra: *A la sombra de aquel que había deseado me senté, y su fruto es dulce al paladar mío* ⁵. Había pedido que se le mostrase la luz del mediodía, en donde el Esposo apacienta su rebaño, pero fue contrariada en su deseo, y en lugar de la plenitud de la luz recibió la sombra, en lugar de la saciedad, el gusto. Finalmente, no dice: A la sombra de aquel a quien yo había deseado me senté, pues no ha-

³ Thren., IV, 20.

⁴ Ps., CIX, 3.

⁵ Cant., II, 3.

bía deseado la sombra, sino el resplandor del mediodía, la luz llena de quien es luz llena. *Y su fruto, añade, dulce a mi paladar. ¿Hasta cuándo me has de negar tu compasión, sin permitirme el respirar y tragar siquiera mi saliva?* ⁶ *¿Cuándo llegará el día en que se cumpla esta sentencia: Gustad y ved cuán suave es el Señor?* ⁷ Sin duda es suave al gusto y dulce al paladar, por lo cual se comprende perfectamente que, en vista de ello, prorrumpiera la esposa en voces de acción de gracias y de alabanza.

Pero ¿cuándo se dirá: *Comed, amigos, y bebed y embriagaros, amadísimos?* ⁸ *Los justos*, dice el profeta, *cóman en convite, pero delante de Dios* ⁹, no en la sombra. Y de sí mismo dice: *Seré saciado cuando aparezca tu gloria*. También el Señor dice a los apóstoles: *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones y yo dispongo para vosotros, así como mi Padre le dispuso para mí el reino, para que comáis y bebáis sobre mi mesa* ¹⁰. ¿En dónde? *En mi reino*, dice. Dichoso aquel que coma el pan en el reino de Dios. Sea, pues, tu nombre santificado, por el cual de algún modo ahora estás, Señor, en nosotros, habitando por la fe en nuestros corazones, puesto que ya ha sido invocado sobre nosotros tu nombre. Vénganos tu reino. Venga, ciertamente, lo que es

⁶ *Iob.*, VII, 19.

⁷ *Ps.*, XXXIII, 9.

⁸ *Cant.*, V, 1.

⁹ *Ps.*, LXVII, 3.

perfecto y sea acabado lo que es en parte. *Tenéis, dice el Apóstol, por fruto de vuestras obras la santificación, pero será su fin la vida eterna* ¹¹. La vida eterna es fuente indeficiente que riega toda la superficie del paraíso. No sólo la riega, sino que la embriaga, como fuente de los huertos, pozo de aguas vivas que corren con ímpetu desde el Líbano, y el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios ¹². Pero ¿quién es la fuente de la vida, sino Cristo Señor? *Cuando aparezca Cristo, que es nuestra vida, entonces también apareceréis vosotros con El en la gloria* ¹³. A la verdad, la misma plenitud se anonadó a sí misma para hacerse para nosotros justicia, santificación y remisión, no apareciendo todavía vida o gloria o bienaventuranza. Corrió la fuente hasta nosotros y se difundieron las aguas en las plazas, aunque no beba el ajeno de ellas. Descendió por un acuerdo aquella vena celestial, no ofreciendo, con todo ello, la copia de una fuente, sino infundiendo en nuestros áridos corazones las gotas de la gracia, a unos ciertamente, más, a otros, menos. El acueducto, sin duda, lleno está para que los demás reciban de la plenitud, pero no la misma plenitud.

Ya habéis advertido, si no me engaño, quién quiero decir que es este acueducto que, recibiendo la plenitud de la misma fuente del corazón del Padre, nos la franqueó a nosotros, si no del modo que es en sí misma, a lo menos según podíamos nosotros participar de ella. Sabéis, pues, a quién se dijo: *Dios te salve,*

¹⁰ *Lc.*, XXII, 28-30.

¹¹ *Rom.*, VI, 22.

¹² *Ps.*, XLV, 5.

¹³ *Col.*, III, 4.

llena de gracia. Mas ¿acaso admiraremos que se pudiese encontrar de que se formase tal y tan grande acueducto, cuya cumbre, al modo de aquella escala que vio el patriarca Jacob, tocase en los cielos, más bien, sobrepasase también los cielos y pudiese llegar a aquella vivísima fuente de las aguas que están sobre los cielos? Se admiraba también Salomón y, al modo del que desespera, decía: *¿Quién hallará una mujer fuerte?*¹⁴ A la verdad, por eso faltaron durante tanto tiempo al género humano las corrientes de la gracia, porque todavía no estaba interpuesto este deseable *acueducto* de que hablamos ahora. Ni nos admiraremos de que fuese aguardado largo tiempo, si recordamos cuántos años trabajó Noé, varón justo, en la fábrica del arca, en la cual sólo unas pocas almas, esto es, ocho, se salvaron, y esto para un tiempo bastante corto.

Pero ¿cómo llegó este nuestro *acueducto* a aquella fuente tan sublime? ¿Cómo? Con la vehemencia del deseo, con el fervor de la devoción y con la pureza de la oración, según está escrito: *La oración del justo penetra los cielos*. A la verdad, ¿quién será justo, si no lo es María, de quien nació para nosotros el Sol de justicia? ¿Y cómo hubiera podido llegar hasta tocar aquella majestad innaccesible, sino llamando, pidiendo y buscando? Sí, halló lo que buscaba aquella a quien se dijo: *Has hallado gracia a los ojos de Dios*. ¿Qué? ¿Está llena de gracia y todavía halla más gra-

¹⁴ Prov., XXXI, 10.

cia? Digna es, por cierto, de hallar lo que busca, pues no la satisface la propia plénitud, ni está contenta aún con el bien que posee, sino que, así como está escrito: *El que de mí bebe, tendrá sed todavía* ¹⁵, pide el poder rebosar para la salvación del universo. *El Espíritu Santo*, le dice el ángel, *descenderá sobre ti*, y en tanta copia, en tanta plenitud infundirá en ti aquel bálsamo precioso, que se derramará copiosamente por todas partes.

Y no se crea que esto resulte en vano, pues aunque este bálsamo se derrama, no por eso parece, ya que él es la causa por la cual las doncellitas, esto es, las almas sencillas y candorosas aman al divino Esposo y le aman tan ardientemente, que este amor les unge, consagra y perfuma todas sus obras, aun las más insignificantes.

Considera atentamente, oh hombre, los consejos de Dios, reconoce los designios de su sabiduría, los designios de su bondad. Antes de derramar sobre toda la tierra el rocío celestial, humedeció con él todo el vellochino: antes de redimir todo el linaje humano depositó todo el precio en María. ¿Y con qué fin hizo esto? Quizá para que Eva pudiera justificarse por medio de su Hija y cesara ya la queja del hombre contra la mujer. Oh, Adán, no digas ya en adelante: *la mujer que me disteis por compañera, me dio del fruto de aquel árbol y lo comí* (16) : di más bien. *La mujer que me disteis me ha alimentado con un fruto*

¹⁵ Eccli., XXIV, 29.

(16) Génesis, III, 12.

bendito. Consejo piadosísimo fue éste sin duda, pero en el fondo de este consejo se nos oculta otro más íntimo y secreto.

El que hemos indicado no carece de sólido fundamento, pero a mi parecer no satisface plenamente nuestras aspiraciones. Tal vez si ahondamos más en este misterio, sacaremos de él más sabroso y nutritivo néctar de consuelos celestiales. Tomemos el agua de más arriba y contemplemos con cuanto afecto de devoción quiso aquel Señor fuese María honrada por nosotros, que depositó en ella la plenitud de todos los bienes, a fin de que entendiéramos que cuanto hay en nosotros de esperanza, de gracia y de salud, nos viene por mediación de aquella que rebosa en delicias.

Es Huerto de delicias ciertamente aquella a quien aquel Astro divino no sólo acarició de paso, sino que la agitó dulcemente con sus soberanos soplos sobreviniendo en ella, para que por todas partes fluyeran y se difundieran sus aromas, esto es, los carismas de las gracias. Quita este cuerpo solar que ilumina al mundo. ¿Cómo podrá haber día? Quitad a María, estrella del mar, de ese mar vasto y proceloso, ¿qué quedará, sino obscuridad que todo lo ofusque, sombras de muerte y densísimas tinieblas?

Con todo lo más íntimo, pues de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad veneramos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso *que todo lo recibiéramos por María*. Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro.

Puesto que mirando en todo y por todo al bien de

los miserables, consuela nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad.

Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con solo oír su voz, huías a esconderte entre las hojas: El te dio a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de tal Padre? Será oído sin duda por su reverencia, pues el Padre ama al Hijo.

Pero recelas acaso llegarte también a El. Hermano tuyo es, es tu carne, fue tentado en todas las cosas sin pecado para hacerse misericordioso. Es Hermano que te dio María. Por ventura miras también en él con temblor su majestad divina, que aunque se hizo hombre con todo permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado igualmente para con El? Pues recurre a María. Porque la humanidad se halla pura en María, no sólo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza; no me cabe la menor duda, será oída también por su reverencia. Oirá sin duda el hijo a la Madre y oirá el Padre al Hijo.

¡Oh fieles amados, esta es la escala de los pecadores, esta es mi mayor confianza, esta es toda la razón de mi esperanza. ¿Pues qué? ¿Podrá acaso el Hijo repeler o padecer desprecio? ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no: mil veces no. *Hallaste* dice el Angel, *gracia delante de Dios*. Dichosamente. Siempre ella encontrará la gracia y sola la gracia es lo que necesitamos. La prudente Virgen no buscaba sabiduría, como Salomón, ni riquezas, ni honores, ni poder, sino gracia. Y a la verdad es sólo la gracia por la que nos salvamos.

¿Para qué deseamos nosotros otras cosas? Busquemos la gracia y busquémosla por María, porque ella encuentra lo que busca y no puede verse frustrada. Busquemos la gracia pero la gracia en Dios, pues en los hombres la gracia es falaz. Busquen otros el mérito, nosotros procuraremos cuidadosamente la gracia.

¿Pues qué? ¿Por ventura no es gracia el estar en la Iglesia? Verdaderamente misericordia es del Señor que no hayamos sido consumidos. ¿Quiénes somos nosotros? Tal vez unos perjuros, tal vez unos adúlteros, tal vez unos homicidas, tal vez unos ladrones, la basura del mundo. Consultad vuestras conciencias y ved que en donde abundó el delito sobreabundó también la gracia. María no alega el mérito, sino que busca la gracia. Y en tanto grado confía en la gracia y no presume de sí altamente, que recela de la misma salutación del ángel. *María, dice, pensaba qué salutación sería ésta.* Sin duda se reputaba indigna de la salutación del Ángel. Y acaso meditaba dentro de sí misma: ¿De dónde a mí esto, que el Ángel de mi Señor venga a mí? No temas, María no te admires de que venga el Ángel, que después de él viene otro mayor que él. No te admires del Ángel del Señor, el Señor del Ángel está contigo.

¿Qué mucho que veas a un Ángel, viviendo ya tu angélicamente? ¿Qué mucho visite el Ángel a una compañera de su vida? ¿Qué mucho que salude a la ciudadana de los Santos y familiar del Señor? Angélica vida es ciertamente la virginidad, pues los que no se casan, ni son casados, serán como los Angeles de Dios en el Cielo.

¿No veis como también de este modo nuestro *Acueducto* sube a la fuente y no con sola la oración

penetra los Cielos, sino también con la incorrupción o perfecta pureza de vida, la cual nos une con Dios, como dice la Escritura? Era la Virgen santa en el cuerpo y en el espíritu y podía decir con especialidad: *nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo* (17). Santa era, en el cuerpo y en el espíritu para que en nada dudes acerca de este *Acueducto*. Sublime es en gran manera, pero no menos permanece enterísimo. Es Huerto cerrado, fuente sellada templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo. No era virgen fatua, ya que tenía no sólo su lámpara llena de aceite, sino que guardaba en su vasija la plenitud de él. En su corazón había dispuesto por medio de la oración asidua, y la vida perfecta, los caminos para subir hasta el lugar santo. Y subió a las montañas de Judea con prisa y saludó a Isabel con humildad y permaneció como tres meses en su compañía, de manera de ya entonces podía decir la Madre de Dios a la madre de Juan lo que mucho tiempo después dijo el Hijo de Dios al hijo de Isabel: *Déjame hacer que es así como conviene que cumplamos toda injusticia* (18). Sí, puede afirmarse con toda verdad que al subir María a las montañas de Judea con tanta humildad, se elevó más que los más altos montes de Dios, lo cual constituye el tercer camino, el tercer ascenso de la Virgen, a fin de que se cumpliera en ella aquello, de que con dificultad se rompe la cuerda tres veces doblada. Hervía, pues, en la caridad al buscar la gracia, resplandecía la virginidad en el cuerpo y sobresalía la humildad en el obsequio.

Pues si todo aquel que se humilla será ensalzado, ¿qué cosa más sublime que esta humildad? Se admi-

(17) Filipenses, III, 20.

(18) Mateo, III, 15.

raba Isabel de su venida y decía: *¿De dónde a mí esto, que la madre de mi Señor venga a mí* (19). Pero mucho más debiera haberse admirado de que María se anticipara a lo que más tarde debía decir su Hijo: No vine a ser servido, sino a servir. Con razón, por tanto, aquel cantor divino, llevado de su admiración profética decía de ella: *¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército en plan de batalla?* (20). Sube ciertamente sobre el linaje humano, sube hasta los Angeles, a estos los sobrepuja también y se eleva sobre toda criatura celestial, de modo que sobre estos espíritus es forzoso vaya a recibir aquella agua viva que ha de difundir sobre los hombres.

¿Cómo se hará esto, dice, sino conozco varón? ¡Qué santa es en el cuerpo y en el espíritu María, teniendo no sólo la integridad de la virginidad, sino el propósito firme de conservarla incólume! Y respondiendo el Angel le dijo: *El Espíritu Santo sobrevendrá en ti y te hará sombra la virtud del Altísimo.*

Como si dijera, no me preguntes a mí esto, porque es cosa superior a mi comprensión, y no podría declarártelo. El Espíritu Santo, no el espíritu angélico, sobrevendrá en ti y la virtud del Altísimo te hará sombra, no yo.

No te pares ni siquiera entre los Angeles, Virgen santa, mucho más arriba está lo que la tierra sedienta espera que se le dé a beber por ministerio tuyo. Un poco que les pases a ellos, hallarás a quien ama a tu

(19) Lucas, I, 43.

(20) Cántico VI, 9.

alma. Un poco digo, no porque tu Amado no sea incomparablemente superior a ellos, sino porque nada encontrarás que medie entre El y ellos. Pasa las Virtudes y las Dominaciones, los Querubines y los Serafines, hasta que llegues a Aquel de quien alternativamente están clamando: *Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Ejércitos. Pues el fruto santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios* (21). Es fuente de la sabiduría el Verbo del Padre en las alturas. Pero este Verbo por medio de ti se hará carne, para que Aquel que dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí* (22), diga igualmente: *Yo procedí de Dios y he venido a ti*.

En el principio era el Verbo. He aquí la fuente. Y añade luego el Evangelista: *Y el Verbo estaba en Dios*, y decía el Señor: *Yo medito pensamientos de paz y no de aflicción* (23). Sí, en vos Señor está vuestro pensamiento y lo que pensáis, nosotros lo ignoramos. Porque ¿quién pudo jamás conocer los designios del Señor o quién fue jamás su consejero? Descendió el pensamiento de la paz a la obra de la paz; *Y el Verbo se hizo carne, y habita ya entre nosotros*. Habita por la fe en nuestros corazones, habita en nuestra memoria, habita en nuestro pensamiento, y desciende hasta la misma imaginación. Porque, ¿qué idea se formaría antes el hombre de Dios? ¿No se lo representaba en su corazón bajo la forma de un ídolo?

Incomprensible era, e inaccesible, invisible y supe-

(21) Isaías, VI, 3.

(22) Juan, XIV, 10.

(23) Jeremías, XIX, 11.

rior a toda humana inteligencia. Mas ahora quiso ser comprendido, quiso ser visto, quiso que pudiésemos pensar en El. ¿Y de que modo?

Echado en el pesebre, reposando en el regazo virginal, predicando en el monte, pernoctando en la oración, o bien pendiente de la cruz, palideciendo en la muerte, libre entre los muertos y mandando en el infierno, o también resucitando al tercer día, mostrando las hendiduras de los clavos, las insignias de su victoria, subiendo a lo más alto de los cielos.

¿Qué cosa de estas no se pensará verdadera, piadosa y santamente? En cualquiera de estas cosas que yo piense, pienso en mi Dios, y en todas estas cosas El es mi Dios. El meditar estos misterios lo llamé sabiduría, y juzgué prudencia el refrescar la memoria con la suavidad de éstos dulces frutos, que produjo copiosamente la vara sacerdotal, que María fue a coger en las alturas, para difundirlos en nosotros con la mayor abundancia. La recibió en las alturas y sobre los Angeles, puesto que recibió al Verbo del mismo corazón del Padre según está escrito: *El día anuncia al día la palabra* (24). Y por esta palabra *día* debe entenderse el Padre, puesto que *día del día* significa la salvación que nos viene de Dios.

Y dime ahora ¿acaso no es también día, la Virgen? Sí, y esclarecido. Resplandeciente día es sin duda, la que se elevó cual aurora naciente, hermosa como la luna, escogida como el sol.

Contéplala como se elevó hasta los Angeles, por la plenitud de la gracia y por encima de los Angeles al descender sobre ella el Espíritu Santo. Hay en los

(24) Salmo XVIII, 2.

Angeles caridad, hay pureza, hay humildad. ¿Cuál de estas cosas no resplandeció en María? ¿A cuál de los Angeles se dijo jamás: *El Espíritu Santo descenderá sobre tí y te hará sombra la virtud del Altísimo, y por eso el fruto santo que nacerá de Ti, se llamará Hijo de Dios?* La verdad nació de la tierra, no de la criatura angélica, que no tomó la naturaleza de los Angeles para salvarnos, sino que tomó la semilla de Abraham para redimir a sus hijos.

Cosa excelsa es para el Angel el ser ministro del Señor, pero otra cosa más sublime mereció María, que fue, la de ser madre del mismo Señor. Así la fecundidad de la Virgen es una gloria eminentísima, y por este privilegio único, fue sublimada sobre todos los Angeles; tanto más. cuanto supera el nombre de Madre de Dios al de simples ministros suyos. A ella la encontró la gracia llena de la misma, para que fervorosa en la caridad, íntegra en la virginidad, devota en la humildad, concibiese sin conocer varón y diera a luz sin dolor y sin menoscabo de su virginidad. Más aún, el fruto que nació de ella se llama Santo y es el Hijo de Dios.

Debemos, pues, hermanos, procurar con el mayor cuidado que aquella palabra que salió de la boca del Padre para nosotros por medio de la Virgen, no se vuelva vacía, sino que por mediación de Nuestra Señora volvamos gracia por gracia. Mientras suspiramos por llegar a su presencia fomentemos con toda nuestra atención su memoria y así, de esta manera sean restituidas a su origen las corrientes de la gracia, para que fluyan después más copiosamente. De lo contrario, sino vuelven a la fuente, se secarán y sien-

do infieles en lo poco, no mereceremos recibir lo que es mucho.

Poco es ciertamente la memoria en comparación de la presencia, poco en comparación de lo que deseamos, pero grande cosa es respecto de lo que merecemos: inferior es respecto del deseo, pero es inmensamente superior al mérito. Así la Esposa sabiamente se congratula a sí misma en gran manera, aun por esto poco; puesto que, habiendo dicho: *Muéstrame amado de mi alma donde tienes los pastos, donde reposas al llegar al medio día* (25) aunque recibió muy poco en comparación de lo que había pedido (pues en vez del pasto del mediodía sólo gustó el sacrificio de la tarde), sin embargo de ningún modo se lamenta de ello como suele suceder, ni se contrista; sino que da gracias al amado y en todo se muestra más devota. Sabe muy bien que si fuere fiel morando en la sombra de la memoria, obtendrá sin duda la luz de la presencia. Así los que hacéis memoria del Señor, no guardéis silencio, no permanezcáis mudos, aunque, los que tienen presente al Señor, no necesitan de exhortación – y aquellas palabras del Profeta *Alaba Jerusalén al Señor, alaba a tu Dios, Sión*, más bien son de congratulación que de amonestación, sin embargo, los que caminan aún en la fe, necesitan de avisos para que no callen y no respondan al Señor con el silencio; porque El hace oír su voz y habla palabras de paz para su pueblo y para sus Santos y para todos aquellos que se vuelven a El de corazón.

Por esto se dice en el Salmo: *Tú, Señor, con el san-*

(25) Cánticos I, 6.

to te ostentas santo y con el varón inocente, inocente (26), como si dijera, Dios oye al que a El escucha y habla al que le habla. Si tu guardas silencio, le obligas a El a que lo guarde también. ¿Y a qué silencio me refiero? Al que se abstiene de cantar las alabanzas del Señor.

De ahí que diga el Profeta Isaías: *No estéis en silencio delante de El, rogadle hasta tanto que restablezca a Jerusalén y la ponga por objeto de alabanza en la tierra* (27). Pues las alabanzas de Jerusalén son alabanzas tan bellas como agradables, a no ser que acaso juzguemos que los ciudadanos de Jerusalén se envanecen con sus alabanzas mútuas y se engañan recíprocamente con vanos cumplimientos y lisonjas.

Sí hágase tu voluntad, oh Padre, así en la tierra como en el cielo, para que las alabanzas que resuenan en Jerusalén resuenen también en la tierra. Pero ¿qué sucede? El Angel no busca gloria de otro ángel en Jerusalén, mas el hombre desea ser alabado del hombre en la tierra. ¡Execrable perversidad!, pero sólo propia de aquellos que tienen ignorancia de Dios, que viven olvidados del Señor su Dios, en cuanto a vosotros que os acordáis del Señor, no ceséis de publicar sus alabanzas, hasta que resuenen cumplidamente en toda la tierra.

Hay sin embargo un silencio irrepreensible, más aún, loable, como también hay palabras que no son buenas. De otra suerte diría el Profeta que era bueno aguardar en silencio la salud que viene de Dios. Es

(26) Salmo XVII, 26.

(27) Isaías, LXII, 7.

bueno que la jactancia guarde silencio, bueno es que la blasfemia se calle, bueno es que enmudezca la murmuración y la detracción.

Acontece a veces que alguno exasperado por la magnitud del trabajo y peso del día, murmura en su corazón y juzga temerariamente a los que velan por su alma, porque tienen que dar cuenta de ella. Esta murmuración equivale a un grito clamoroso que procede de un corazón endurecido y que le impide oír la voz de Dios. Otros, por la pusilaminidad de su espíritu, desmayan en la esperanza y ésta viene a ser como una horrible blasfemia. Otros, en fin, aspiran a cosas grandes y muy superiores a su capacidad, diciendo: nuestra mano es robusta creyéndose algo, cuando en realidad son nada absoluta. ¿Qué le hablará a éste aquel Señor que no habla sino de paz?

Ese tal, dice, rico soy y de nadie necesito, mientras que el que es la verdad clama: *¡Ay de vosotros ricos! porque ya tenéis aquí vuestra consolación* (28). Y en otra parte añade: *bienaventurados los que lloran porque serán, consolados* (29).

Calle, pues, en nosotros la lengua maldiciente, la lengua blasfema, la lengua orgullosa y altanera, porque es bueno aguardar en este triplicado silencio la salud que viene de Dios, a fin de que así podamos decir: *Hablad Señor que vuestro siervo escucha* (30). Semejantes voces no se dirigen a El sino contra El, según aquello que decía Moisés a los murmuradores:

(28) Lucas, VI, 24.

(29) Mateo, V, 5.

(30) Reyes, III, 10.

No es contra mí vuestra murmuración, sino contra el Señor (31).

Mas de tal suerte has de callar en estas tres cosas, que no enmudezcas del todo, guardando con Dios absoluto silencio. Háblale contra la jactancia por la confesión, para que alcances perdón de lo pasado. Háblale contra la murmuración con la acción de gracias para que te conceda más abundante gracia en la vida presente. Háblale contra la desconfianza en la oración, para que consigas la gloria en lo futuro. Confiesa lo pasado, da gracias por lo presente y en adelante ora con más cuidado por lo futuro, a fin de que el Señor a su vez no calle en la remisión ni en la donación de sus gracias, ni en sus promesas. No calles, repito, no guardes silencio en su presencia. Háblale para que también El te hable y pueda decirte: *Mi amado es para mí y yo para él* (32). Mira qué agradables son estas voces, qué dulces estas palabras. Sin duda no son estas palabras de murmuración, a menos que queramos llamarlas de murmuración de la tórtola.

Y no me digas *¿cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en tierra extraña?* (33), porque no debe tenerse por tierra extraña aquella de la cual dice el Esposo: *La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra.*

Había, pues, oído el que decía: *Cogednos las zorras pequeñas*, y por eso acaso prorrumpió en voces de gozo, diciendo: *Mi amado es para mí y yo para El.*

(31) Exodo, XVI, 8.

(32) Cánticos, II, 16.

(33) Salmo CXXXVI, 4.

Sin duda es la voz de la tórtola la que con una castidad singular persevera fiel a su consorte, así vivo como muerto, a fin de que ni la muerte ni la vida la separe de la caridad de Cristo.

Mira si hubo algo que pudiese apartar al amado de la amada, cuando ves que persevera adherido a ella aun pecando, estando ella apartada de El. Revueltas entre sí las nubes porfiaban en ofuscar los rayos del sol de justicia, y nuestras iniquidades ahondaban más y más el abismo que nos separaba de Dios, cuando de pronto el sol desplegó sus rayos, disipó las nubes e iluminó el abismo. Porque dime, ¿cómo hubieras podido volverte a El si El no hubiera permanecido a tu lado y hubiera continuado clamando: *Vuélvete, vuélvete, Sulamite, vuélvete para que te veamos bien* (34). Permanece, pues, tú también constantemente adherido a El de modo que por ningunos castigos, por ningunos trabajos, te apartes de tu Señor.

Lucha con el Angel como Jacob para que no seas vencido porque *el Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza y sólo los valerosos lo arrebatan* (35).

¿Por ventura no indican lucha aquellas palabras, *mi amado es para mí y yo para él*. Te dio El muestras de su amor, pues procura experimente también el tuyo? En muchas cosas te prueba el Señor tu Dios, se desvía muchas veces, aparta de ti su rostro, pero no llevado de ira. Lo hace para probarte, no para reprobarte. El amado te sufrió, sufre tú al amado, sostén al

(34) Cántico VI, 12.

(35) Mateo, XI, 12.

Señor y obra varonilmente. No le vencieron a El tus pecados, pues procura que tampoco a ti te superen sus castigos y alcanzarás la bendición. ¿Pero cuándo la alcanzarás? Al nacimiento de la aurora, cuando ya aparezca el día, cuando hubiere establecido las alabanzas de Jerusalén en la tierra. He aquí dice Moisés, *que un varón, o sea, un ángel luchaba con Jacob hasta la mañana* (36).

Pues señor, haced que sea oída por mí vuestra misericordia porque en Vos he esperado. No callaré, perseveraré en la oración hasta la mañana, y no quedaré en ayunas. Vos, Señor, os dignáis alimentarme y no sólo esto sino que me alimentareis entre las azucenas. *Mi amado es para mí y yo para él; el cual se apacienta entre las azucenas* (37). Sí, entre las azucenas, pero no comiendo azucenas; se indica el lugar pero, no la comida. No se alimenta de azucenas comiéndolas, sino sólo viéndose rodeado de ellas, le agradan más bien por el olor que por el sabor y se alimenta de ellas más bien con la vista que con el paladar.

Así, pues, se apacienta entre las azucenas hasta que decline el día, y a la belleza de las flores se siga la abundancia de los frutos. Porque ahora es tiempo de flores, no de frutos, puesto que tenemos aquí solo la esperanza y no lo que esperamos; caminando por la fe, no por la vista clara, nos congratulamos más con la expectación que con la experiencia. Considerad la suma delicadeza de esta flor y acordaos de aquellas palabras del Apóstol: *Llevamos este tesoro en vasos de barro* (38) ¡Cuántos peligros amenazan a las flores!

(36) Génesis, XXXII, 24.

(37) Cántico, II, 16.

(38) Corintios, IV, 7.

¡Cuán fácilmente con los agujones de las espinas es traspasada la azucena! Con razón, pues, canta el amado: *Como azucena entre espinas así es mi Amiga entre las Vírgenes* (39). ¿Acaso no era azucena entre espinas el que decía: *Con los que aborrecían la paz, era yo pacífico?* (40).

Sin embargo aunque el justo florece como la azucena, no se alimenta el Esposo de azucenas ni se complace en la singularidad. Escuchad como habla el que mora en medio de las azucenas; *Donde dos o tres se hallan congregados en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (41). Ama siempre Jesús lo que está en medio; los lugares apartados y solitarios siempre los ha reprobado El que es Mediador entre Dios y los hombres. *Mi amado es para mí yo para él, el cual se apacienta entre azucenas.*

Procuremos, pues, cristianos, cultivar azucenas, démonos prisa a arrancar de raíz las espinas y los abrojos, y plantemos en su lugar estas flores, por si alguna vez acaso se digna el amado descender a apacentarse entre ellas.

En María sí que se apacentaba, puesto que en ella hallaba grandísima abundancia de azucenas. ¿No son acaso azucenas el decoro de la virginidad, las insignias de la humildad, la supereminencia de la caridad? También nosotros podemos tener estas flores, aunque menos hermosas y olorosas, y entre ellas no

(39) Cánticos, II, 2.

(40) Salmo CXIX, 7.

(41) Mateo, XVIII, 20.

se desdeñará apacentarse el esposo, con tal de que, a aquellas acciones de gracias que hemos hablado antes, les dé lustre la alegría de la devoción; a la oración le dé candor la pureza de intención; y a la confesión le dé blancura la misericordia, como está escrito: *Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve y aunque fueren rojos como el carmesí se volverán del color de la lana más blanca* (42).

Pero sea lo que fuere aquello que dispones ofrecer, acuérdate de encomendarlo a María, para que vuelva la gracia al Dador de la misma, por el mismo cauce por donde corrió. No le faltaba a Dios ciertamente, poder para infundirnos la gracia sin valerse de este *Acueducto*, si El hubiera querido, pero quiso proveerte de ella por este conducto. Acaso tus manos están aun llenas de sangre, o manchadas con dádivas sobornadoras, porque todavía no las tienes lavadas de toda mancha. Por eso aquello poco que deseas ofrecer, procura depositarlo en aquellas manos de María, graciosísimas y dignísimas de todo aprecio, a fin de que sea ofrecido al Señor y no sea desechado. Sin duda candidísimas azucenas son y no se quejará aquel amante de las mismas de no haber encontrado entre azucenas todo lo que El hallare en las manos de María.

(42) Isaías, I, 18.



CAPÍTULO SEXTO

MARÍA CORONADA DE ESTRELLAS

Y un gran prodigio apareció en el Cielo; una mujer vestida del sol y con la luna debajo sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas (1).

Grandísimo fue el daño que nos causaron aquel varón y aquella mujer primitivos, pero gracias a Dios, también igualmente por un varón y por una mujer se restaura todo y no sin grande aumento de gracias. No fue el don como había sido el delito, sino que la grandeza del beneficio excede extraordinariamente al daño causado. Así el prudentísimo y clementísimo Artífice no quebrantó el vaso que estaba hendido sino que lo rehizo tan sabia y perfectamente, que del viejo Adán formó el nuevo y transfundió a Eva en María. Y ciertamente podía bastar Cristo, pues aun ahora toda nuestra suficiencia es de El. Pero no era bueno para nosotros que estuviese el hombre solo. Mucho más conveniente era que asistiese a nuestra reparación uno y otro sexo, no habiendo faltado para nuestra corrupción ni el uno ni el

(1) Apocalipsis, XII, 1.

otro. Fiel y poderoso mediador de Dios y de los hombres es el hombre Cristo Jesús, pero respetan en él los hombres una divina majestad. Parece estar la humanidad absorbida en la divinidad, no porque se haya mudado la substancia, sino porque sus afectos están divinizados. No se canta de El sola la misericordia, sino que también se le canta igualmente la justicia, porque aunque aprendió, por lo que padeció, la compasión, y vino a ser misericordia, con todo eso tiene la potestad de juez al mismo tiempo. En fin, nuestro Dios es un fuego que consume. ¿Qué mucho tema el pecador llegarse a El, no sea que, al modo que se derrite la cera a la presencia del fuego, así perezca él a la presencia de Dios?

Así, pues, ya no parecerá estar de más la mujer bendita entre todas las mujeres, pues se ve claramente el papel que desempeña en la obra de nuestra reconciliación, porque necesitamos un mediador cerca de este Mediador y nadie puede desempeñar tan provechosamente este oficio como María. ¡Mediadora demasiado cruel fue Eva, por quien la serpiente antigua infundió en el varón mismo el pestífero veneno! ¡Pero fiel es María, que propinó el antídoto de la salud a los varones y a las mujeres! Aquélla fue instrumento de la seducción, ésta de la propiciación; aquélla sugirió la prevaricación, ésta introdujo la redención. ¿Qué recela llegar a María la fragilidad humana? Nada hay en ella austero, nada terrible; todo es suave, ofreciendo a todos leche y lana. Revuelve con cuidado toda la serie de la evangélica historia, y si acaso algo de dureza o de repre-

sión desabrida, si aun la señal de alguna indignación, aunque leve, se encuentre en María, tenla en adelante por sospechosa y recela al llegarte a ella. Pero si más bien (como es así en la verdad) encuentras las cosas que pertenecen a ella llenas de piedad y de misericordia, llenas de mansedumbre y de gracia, da las gracias a aquel Señor que con una benignísima misericordia proveyó para ti tal mediadora que nada puede haber en ella que infunda temor. Ella se hizo toda para todos; a los sabios y a los ignorantes, con una copiosísima caridad, se hizo deudora. A todos abre el seno de la misericordia, para que todos reciban de su plenitud: redención el cautivo, curación el enfermo, consuelo el afligido, el pecador perdón, el justo gracia, el ángel alegría; en fin, toda la Trinidad gloria, y la misma persona del Hijo recibe de ella la substancia de la carne humana, a fin de que no haya quien se esconda de su calor.

¿No juzgas, pues, que esta misma es aquella mujer vestida del sol? Porque, aunque la misma serie de la visión profética demuestre que se debe entender de la presente Iglesia, esto mismo seguramente parece que se puede atribuir sin inconveniente a María. Sin duda ella es la que se vistió como de otro sol. Porque, así como aquél nace indiferentemente sobre los buenos y los malos, así también esta Señora no examina los méritos antecedentes, sino que se presenta exorable para todos, para todos clementísima, y se apiada de las necesidades de todos con un amplísimo afecto. Todo defecto está debajo de ella y supera todo lo que hay en nosotros la fragilidad y corrupción, con una

sublimidad excelentísima en que excede y sobrepasa las demás criaturas, de modo que con razón se dice que la luna está debajo de sus pies. De otra suerte, no parecería que decíamos una cosa muy grande si dijéramos que esta luna estaba debajo de los pies de quien es ilícito dudar que fue ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, sobre los querubines también y los serafines. Suele designarse en la una no sólo el defecto de la corrupción, sino la necesidad del entendimiento y algunas veces la Iglesia del tiempo presente; aquello, ciertamente, por una mutabilidad y la Iglesia por el esplendor que recibe de otra parte. Mas una y otra luna (por decirlo así) congruentísimamente está debajo de los pies de María, pero de diferente modo, puesto que *el necio se muda como la luna y el sabio permanece como el sol*¹. En el sol, el calor y el esplendor son estables, mientras que en la luna hay solamente el esplendor, y aun éste es mutable e incierto, pues nunca permanece en el mismo estado. Con razón, pues, se nos representa a María vestida del sol, por cuanto penetró el abismo profundísimo de la divina sabiduría más allá de lo que se pueda creer, de suerte que, en cuanto lo permite la condición de simple criatura, sin llegar a la unión personal, parece estar sumergida totalmente en aquella inaccesible luz, en aquel fuego que purificó los labios del profeta Isaías, y en el cual se abrasan los serafines. Así que de muy diferente modo mereció María no sólo ser rozada ligeramente por el sol divino, sino más bien ser cubierta con él por todas partes, ser bañada alrededor y como encerrada en el mismo fuego. Candidísimo es, a la verdad, pero y también cali-

¹ *Eccli.*, XXVII, 12.

dísimo el vestido de esta mujer, de quien todas las cosas se ven tan excelentemente iluminadas, que no es lícito sospechar en ella nada, no digo tenebroso, pero ni oscuro en algún modo siquiera o menos lúcido, ni tampoco algo que sea tibio o no lleno de fervor.

Igualmente, toda necedad está muy debajo de sus pies, para que por todos modos no se cuente María en el número de las mujeres necias ni en el coro de las vírgenes fatuas. Antes bien, aquel único necio y príncipe de toda la necedad que, mudado verdaderamente como la luna, perdió la sabiduría en su hermosura, conculcado y quebrantado bajo los pies de María, padece una miserable esclavitud. Sin duda, ella es aquella mujer prometida otro tiempo por Dios para quebrantar la cabeza de la serpiente antigua con el pie de la virtud, a cuyo calcaño puso asechanzas en muchos ardides de su astucia, pero en vano, puesto que ella sola quebrantó toda la herética perversidad. Uno decía que no había concebido a Cristo de la substancia de su carne; otro silbaba que no había dado a luz al niño, sino que le había hallado; otro blasfemaba que, a lo menos, después del parto, había sido conocida de varón; otro, no sufriendo que la llamasen Madre de Dios, reprendía impísimamente aquel nombre grande, *Theocotos*, que significa la que dio a luz a Dios. Pero fueron quebrantados los que ponían asechanzas, fueron conculcados los engañadores, fueron confutados los usurpadores y la llaman bienaventurada todas las generaciones. Finalmente,

luego que dio a luz, puso asechanzas el dragón por medio de Herodes, para apoderarse del Hijo que nacía y devorarlo, porque había enemistades entre la generación de la mujer y la del dragón.

Mas ya, si parece que más bien se debe entender la Iglesia en el nombre de luna, por cuanto no resplandece de suyo, sino de aquel Señor que dice: *Sin mí nada podéis hacer* ², tendremos entonces evidentemente expresada aquí aquella mediadora de quien poco ha os he hablado.

Apareció, pues, una mujer vestida del sol y la luna debajo de sus pies (3). Abracemos las plantas de María y postrémonos con devotísimas súplicas a aquellos pies bienaventurados. Retengámosla y no la dejemos partir hasta que nos bendiga porque es poderosa.

Ciertamente el vellocino colocado entre el rocío y la era, y la mujer entre el sol y la luna, nos muestran a María colocada entre Cristo y la Iglesia. Pero acaso no os admire tanto el vellocino saturado de rocío, como la mujer vestida del sol, ya que si bien es grande la conexión entre la mujer y el sol con que está vestida, todavía resulta más sorprendente la adherencia que hay entre los dos. Porque decidme ¿cómo en medio de aquel ardor tan vehemente pudo subsistir una naturaleza tan frágil? ¡Ah! Justamente te admiras, Moisés santo, y deseas ver más de cerca esa estupenda maravilla, pero para conseguirlo debes quitar-

(2) Io., XV, 5.

(3) Apocalipsis, XVII, 1.

te el calzado y despojarte enteramente de toda clase de pensamientos carnales. *Iré a ver, dice, esta gran maravilla* (4).

Sí, gran maravilla ciertamente, una zarza ardiendo sin quemarse; gran portento, una mujer que queda ilesa, estando cubierta con el sol. No es de la naturaleza de la zarza, el que esté cubierta por todas partes de llamas y permanezca con todo sin quemarse: no es propio de una mujer el que soporte un sol que la cubra. Supera ésta toda virtud humana y también angélica: es necesaria otra virtud más sublime. *El Espíritu Santo*, le dice el Angel a María, *descenderá sobre ti* (5). Y como si ella respondiese: Dios es espíritu y nuestro Dios es un fuego que consume, añade el Angel: *La virtud del Altísimo te hará sombra*. No es maravilla, pues, que debajo de tal sombra pueda sostenerse una mujer vestida con manto solar.

Una mujer vestida de sol, dice San Juan: es decir, cubierta de luz como de un vestido. El hombre carnal no comprende este misterio, es incapaz de saborear las cosas espirituales, que le parecen necedades. Pero no juzgaba así el Apóstol, cuando decía: *Vestíos de nuestro Señor Jesucristo* (6). ¡Oh, Señora! Cuan familiar de Dios habéis llegado a ser. ¡Cuan allegada, mejor dicho, cuán íntima suya merecisteis ser hecha! ¡Cuánta gracia hallasteis a sus ojos! En vos está y vos en El: a El le vestís y sois vestida por El. Le vestís con la substancia de vuestra carne y El os viste con la glo-

(4) Exodo, III, 3.

(5) Lucas, I, 35.

(6) Apocalipsis, XVII, 1.

ria de su majestad. Vestís al sol con una nube, y sois vestida vos misma de un sol. Porque, como dice Jeremías; un nuevo prodigio ha obrado el Señor sobre la tierra y es que una mujer virgen encierre dentro de sí al hombre de Dios, que no es otro que Cristo, de quien se dice: *He aquí un varón cuyo nombre es Oriente* (8). Y otro prodigio semejante ha obrado Dios en el cielo, y es, que apareciese allí una mujer vestida de sol: Ella le coronó y mereció ser coronada por El.

Salid, hijas de Sión y ved al Rey Salomón con la diadema con que le coronó su Madre, contemplad a la dulce Reina del cielo adornada con la diadema con que la coronó su Hijo.

Y en su cabeza, dice San Juan, tenía una corona de doce estrellas. Sí, digna es ciertamente de ser coronada con estrellas, aquella cuya cabeza resplandece mucho más fulgurante que los mismo astros, a los cuales más bien adorna que es por ellos adornada. ¿Qué extraño es que coronen los astros a aquella que es vestida del sol? *Como en los días de primavera, se dice en el Eclesiástico, la rodeaban las flores de los rosales y las azucenas de los valles.* Y sin duda, la mano izquierda del esposo está puesta debajo de su cabeza, y con su diestra la abraza.

¿Quién será capaz de apreciar estas piedras preciosas? ¿Quién dará nombre a estas estrellas, con que está fabricada la diadema real de María? No hay inteligencia humana que pueda darnos idea exacta de lo que es esta corona y explicarnos su composición.

(8) Zacarías, VI, 12.

Pero yo según la medida de mi cortedad y absteniéndome de pretender escudriñar los secretos de Dios, trataré de daros a entender como en estas doce estrellas vienen representadas otras tantas prerrogativas y gracias singulares con que María está adornada. Pues podemos considerar en María, las prerrogativas que proceden del Cielo, las que adornan su cuerpo y las que realzan su corazón. Y si multiplicamos este tercio por el número cuatro, tendremos las doce estrellas con que brilla la diadema de nuestra Reina.

Yo creo que brilla un singular resplandor, primero en la generación de María, segundo en la salutación del Angel, tercero en la venida del Espíritu Santo sobre ella, cuarto en la inenarrable concepción del Hijo de Dios. De ahí proceden otros cuatro astros refulgentes que irradian sobre ella honor soberano y son: el haber sido las primicias de la virginidad, el haber sido fecunda sin corrupción, el haber estado en cinta sin fatiga alguna, y el haber dado a luz sin dolor. Y finalmente brilla con especial resplandor en María la mansedumbre pudibunda, la devoción humilde, la magnanimidad de la fe y el martirio del corazón.

Dejo a vuestra perspicacia el cuidado de considerar atentamente cada una de estas brillantes estrellas: por lo que a mí toca, me contentaré con llamar brevemente vuestra consideración sobre cada una de ellas.

Y en primer lugar ¿qué es lo que brilla y resplande-

ce en la *generación de María*? Sin duda el ser nacida de Reyes, el ser de la sangre de Abraham, el ser generosa prosapia de David.

Si esto os parece poco, añadid que a causa de la santidad privilegiada y única a que estaba destinada, fue concebida, por efecto de una disposición especialísima de la divina providencia, pues, prometida por Dios a los Patriarcas mucho antes de que apareciese sobre la tierra, fué prefigurada con misteriosos prodigios y prenunciada con oráculos proféticos. Porque a esta Virgen excelsa señalaba anticipadamente la vara de Aarón, cuando floreció sin raíz. A ésta el vellochino de Gedeón, cuando en medio de la era seca se impregnó de rocío, a ésta la puerta oriental contemplada en visión por Ezequiel, la cual para ninguno estuvo patente jamás.

Esta es, finalmente, la que Isaías más claramente que todos, ora prometía bajo la imagen de un vástago que había de brotar de la raíz de Jesé, ora más manifestamente como una Virgen que había de dar a luz. *El Señor, dice el profeta, os dará un prodigio. Sabed que concebirá una Virgen.* ¡Grande prodigio es éste indudablemente! ¿Qué ojos no quedan ofuscados al reverberar en ellos con vehemencia el brillo resplandeciente de esta prerrogativa? Y viene después el *haber sido saludada por el Angel* tan reverente y obsequiosamente, que podía parecer que la miraba ya ensalzada en el solio real sobre todos los órdenes de los escuadrones celestiales y que casi iba a adorar a una mujer, el que solía hasta entonces ser adorado gustosamente por los hombres, por lo cual se nos aumenta el excelentísimo mérito de nuestra Virgen y la gracia singular con que estaba adornada.

Otra joya veo resplandecer en la corona de la Virgen y es la manera inaudita con que *concibió a su divino Hijo*; que fue *por obra y gracia del Espíritu Santo*, que descendió sobre ella para que su concepción fuera totalmente santa. *El haber engendrado al verdadero Dios*, al verdadero Hijo de Dios, de suerte que el hijo que nació de María, fuese Hijo de Dios e hijo del hombre, verdadero Dios y verdadero hombre, constituye un foco de luz tan refulgente, que a mi parecer los mismos Angeles quedaron ofuscados a la vehemencia de su resplandor.

Además ilustra evidentemente la virginidad de su cuerpo el *propósito firmísimo que tuvo de permanecer Virgen* y sobre todo la novedad de este propósito: pues elevándose con santa libertad de espíritu sobre los decretos de la ley de Moisés, ofreció con voto a Dios la inmaculada santidad de su cuerpo y de su espíritu juntamente. Y prueba la inviolable firmeza de su resolución, el haber respondido tan resueltamente al Angel que la prometía un hijo: *¿Cómo podrá ser esto sino conozco ni conoceré jamás varón alguno?*

Acaso por eso precisamente se turbó al oír las palabras del Angel y pensaba qué salutación sería aquella, en la cual la llamaban bendita entre todas las mujeres, siendo así que ella sólo deseaba ser bendita entre las vírgenes. Resolvía en su mente qué salutación sería aquella por parecerle algo sospechosa. Pero luego que oyó la promesa de un hijo, creyendo ver en esto un peligro manifiesto para su virginidad ya no pudo contenerse más y exclamó: *¿Cómo podrá ser esto, si no conozco ni conoceré jamás varón alguno?* Por eso con razón, mereció aquella bendición y no perdió ésta: para que así sea mucho más gloriosa su *virginidad realzada por su fecundidad*, y su fecun-

didad ennoblecida por su virginidad; de manera que parecen ilustrarse mutuamente estos dos astros con sus rayos; porque si es cosa excelsa su virginidad, lo es todavía mucho más su virginal Maternidad; el que permanezca Virgen purísima, a pesar de ser Madre.

Fue también privilegio exclusivo de María el verse totalmente *libre de las molestias que suelen seguirse a la concepción* natural, pues ella y solo ella concibió de un modo enteramente sobrenatural. Por esto no es de admirar que después que hubo concebido por obra del Espíritu Santo, sin molestia alguna, pudiera hacer el viaje a casa de su prima Isabel, atravesando para ello las montañas de Judea. Y subió también más tarde a Belén llevando en sí misma aquel preciosísimo depósito, aquel dulce peso, llevando a quien la llevaba.

Y en lo que toca a su divino alumbramiento, ide cuánto esplendor es el *haber dado a luz con un tan nuevo gozo* viéndose sola entre todas las mujeres, exenta de la común maldición y del dolor y molestias que esta lleva consigo! Si el precio de las cosas ha de juzgarse por lo raro de las mismas ¿qué cosa más rara podrá escogerse que aquella que es única en el mundo, puesto que en esta parte María, no ha tenido ni tendrá jamás par ni semejante, en toda la dilatación de los siglos? Así que si atentamente consideramos este conjunto de maravillas, no podrán menos de causarnos profunda admiración y no sólo admiración, sino también veneración, devoción y consolación.

Porque claro está que no nos es dado imitarla, en que antes del nacimiento fuéramos prometidos prodigiosamente de tantos y tan varios modos, tampoco en el ser honrados por el Arcángel Gabriel con los obsequios de su nueva salutación, y mucho menos en los otros dos privilegios, totalmente propios y exclusivos de la Virgen Madre, que es la única de quien se dice: *lo que en ella se ha engendrado es obra del Espíritu Santo* (8), y sola ella es, a quien dice: *el fruto Santo que nacerá de ti, se llamará Hijo de Dios* (9).

Podrán ser ofrecidas al Rey de la gloria muchas vírgenes, pero todas después de ella, porque ella sola reserva para sí la primacía: más aún, ella es la única que pudo concebir sin detrimento de su virginidad, y la que soportó sin molestias y dolor alguno los efectos de su concepción y alumbramiento.

Nada de eso se nos pide que imitemos, por cuanto excede a nuestra posibilidad: sin embargo el no poder alcanzar estos dones tan singulares que lo son exclusivos, no excusará negligencia en imitar su *manse-dumbre pudorosa y recatada*, su *humildad de corazón*, su *inquebrantable fidelidad* y su *ánimo compasivo*.

Cual agraciada piedra preciosa es en una diadema, cual estrella resplandeciente es en la cabeza, esto es el rubor en el semblante del hombre modesto y recatado. ¿Piensa acaso alguno, que careció de esta gracia, la que fué llena de toda ella? Modestísima fué María, como nos consta por el santo Evangelio. ¿En dónde se encontrará que fuese alguna vez locuaz; en

(8) Mateo, I, 20.

(9) Lucas, I, 25.

dónde se verá que fuese presuntuosa? Solicitando un día hablar a su divino Hijo, quédose a la puerta de la casa, y a pesar de la autoridad que tenía de madre, no quiso interrumpir su razonamiento, ni penetrar en la habitación en que el Hijo estaba platicando.

En todo el contexto de los cuatro Evangelios, no se oye hablar a María más que cuatro veces. La primera con el Angel, pero cuando ya una y dos veces la había hablado él: la segunda con Isabel cuando la voz de su salutación hizo saltar a Juan de gozo y tomando ocasión de las alabanzas que su prima le dirigía, se apresuró a magnificar al Señor: la tercera con su hijo siendo éste ya de doce años, manifestándole como ella y su padre llenos de dolor le habían buscado: la cuarta en las bodas de Caná, primero con Jesús y después con los que servían a la mesa.

Y en esta ocasión fue cuando brilló de una manera más especial su ingénita mansedumbre y modestia virginal, puesto que tomando como propio el apuro en que iban a verse los esposos no le sufrió el corazón permanecer silenciosa, manifestando a su Hijo la falta de vino; y al ver que Jesús al parecer no atendía a su súplica, como mansa y humilde de corazón no le respondió palabra, sino que se limitó a recomendar a los ministros que hiciesen lo que El les dijese, esperando en que no saldría fallida su confianza.

Después de haber nacido Jesús en la cueva de Belén, leemos que vinieron los pastores y encontraron, la primera de todos, a María. *Hallaron*, dice el Evan-

gelista, a María y a José, y al infante puesto en el pesebre. También a los Magos no sin María su Madre encontraron el Niño; y cuando ella introdujo en el templo del Señor, al Señor del Templo, ciertamente muchas cosas oyó a Simeón, así relativas a Jesús como relativas a sí misma, pero entonces como siempre, mostróse tarda en hablar y solicita en escuchar. *María, dice San Lucas, conservaba todas estas palabras, ponderándolas en su corazón* (10). Y nunca profieren sus labios ni una sola palabra acerca del sublime Misterio de la Encarnación del Señor. ¡Ay de nosotros, que parece tenemos el espíritu en las narices! ¡Ay de nosotros, que echamos a fuera todo nuestro espíritu y que según aquello del Terencio llenos de hendiduras nos derramamos por todas partes! ¡Cuántas veces oyó María a su Hijo no sólo hablando en parábolas a las turbas, sino descubriendo aparte a sus discípulos el misterio del Reino de Dios! ¡Viole haciendo prodigios, viole pendiente de la cruz, viole expirando, viole cuando resucitó, viole, en fin, ascendiendo a los Cielos, y en todas estas circunstancias ¿cuántas veces se menciona haber sido oída la voz de esta pudorísima Virgen, cuántas el arrullo de esta castísima y mansísima Tórtola?

Leemos en los Actos de los Apóstoles, que los Discípulos volviendo del Monte Olivete, se retiraron al Cenáculo, y allí perseveraban unánimemente en la oración. Hallándose presente allí María, parece obvio que debía ser nombrada la primera, puesto que

(10) Lucas, II, 19.

era superior a todos, así por la prerrogativa de su divina Maternidad, como por el privilegio de su santidad. Pues bien; oigamos cómo se expresa el historiador sagrado. Estaban allí congregados *Pedro y Andrés, Santiago y Juan... etc., todos los cuales perseveraban, juntos en oración con las mujeres y con María la Madre de Jesús* (11).

Pues, ¿qué?, ¿se portaba acaso María como la última de las mujeres para que se la pusiese en el postrer lugar?

Cuando los Discípulos sobre los cuales aún no había bajado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado, suscitaron entre sí la contienda acerca de la primacía en el reino de Cristo, obraron guiados por miras humanas; todo al revés lo hizo María, pues siendo la mayor de todos y en todo, se humilló en todo y más que todos. Con razón, pues, fue constituida la primera de todos, la que siendo en realidad la más excelsa, escogía para sí el último lugar. Con razón fue hecha Señora de todos, la que se portaba como sierva de todos. Con razón, en fin, fue ensalzada sobre todos los coros de los Angeles, la que con inefable mansedumbre se abatía a sí misma debajo de las viudas y penitentes, y aun debajo de aquella de quien habían sido lanzados siete demonios. Ruegos, fieles amadísimos, que os prendéis de esta virtud si amáis de veras a María: si anheláis agradarla, imitad su modestia y humildad. Nada hay que tan bien sienta al hombre, nada tan necesario al cristiano, nada que tanto realce al religioso como la verdadera humildad y mansedumbre.

(11) Actos de los apóstoles, I, 14, 15.

Si atentamente observamos a la Virgen, veremos al punto, que su profunda humildad, va siempre acompañada y realzada por la más exquisita mansedumbre. Son estas dos virtudes colactáneas, y por esto las vemos siempre indisolublemente unidas y como confederadas íntimamente en aquel Señor que decía: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (12). Porque, así como la altivez es madre de la presunción, así la verdadera mansedumbre no procede sino de la verdadera humildad.

Pero ni sólo en el silencio de María se recomienda su humildad, sino que resuena todavía más elocuentemente en sus palabras. Había oído: *Lo santo que nacerá de ti, se llamará Hijo de Dios* (13), y no responde otra cosa sino que es la *sierva del Señor*. Va en seguida a visitar a su prima Isabel, y ésta, ilustrada por el Espíritu Santo acerca de la singular gloria de la Virgen, no puede contener la admiración y exclama como fuera de sí: *¿De dónde a mí que venga a visitarme la madre de mi Señor?*, y no contenta con esto, ensalza también la voz de quién la saludaba, añadiendo: *Luego que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, saltó de gozo el infante que llevo en mí*, terminando con alabar la fe inquebrantable de quien la visitaba; *bienaventurada tú*, le dice, *que has creído, porque en ti serán cumplidas las cosas, que se te han dicho de parte del Señor*.

Grandes elogios, sin duda, pero la devota humildad de María, no queriendo retener nada para sí, lo atribuye todo a aquel Señor cuyos beneficios se alababan en ella. Tú, dice a su prima, engrandeces a la

(12) Mateo, XI, 19.

(13) Lucas, I, 35.

Madre del Señor, pero mi alma *engrandece al Señor*. Dices que a mi voz saltó de gozo el niño, pero *mi espíritu se llenó de gozo en Dios, que es mi salvador*, y los saltos de alegría que ha dado el niño, son indicio de que el amigo del Esposo se ha llenado de gozo cuando oyó de éste la voz. *Bienaventurada me llamas porque he creído*, pero la causa de mi fe y de mi dicha, es haberme mirado la suprema piedad, a fin de que por eso me llamen bienaventurada todas las naciones, porque se dignó Dios mirar a esta su sierva pequeña y humilde.

Sin embargo, no creáis que Santa Isabel errase en lo que hablaba iluminada por el Espíritu Santo. De ningún modo. Bienaventurada era ciertamente aquella a quien miró Dios, y bienaventurada la que creyó, porque su fe fue el fruto sublime que produjo en ella la vista de su Dios. Pero por un inefable artificio del Espíritu Santo, a tanta humildad se juntó tanta magnanimidad en lo íntimo del corazón virginal de María, para que (como dijimos antes de la integridad y fecundidad) se volvieran igualmente estas dos estrellas más claras por la mutua correspondencia de resplandor, porque ni su profunda humildad disminuyó su magnanimidad, ni su excelsa magnanimidad amenguó su humildad: sino que, siendo en su estimación tan humilde, era no menos magnánima en la creencia la promesa: de suerte que aunque no se creía a sí misma otra cosa que una pequeña esclava, de ningún modo dudaba que había sido escogida para este incomprensible misterio, para este comercio admirable, para este sacramento inescrutable, y creía

firmeramente que había de ser luego verdadera Madre del que es Dios y hombre.

Tales son los efectos que en los corazones de los escogidos causa la excelencia de la divina gracia: de forma que ni la humildad los hace pusilánimes, ni la magnanimidad arrogantes, sino que estas dos virtudes más bien se ayudan mutuamente, para que no sólo ninguna altivez se introduzca por la magnanimidad, sino que por ella principalmente crezca la humildad: con esto se vuelven ellos mucho más timoratos y agradecidos al Dador de todas las gracias, y al propio tiempo evitan que tenga entrada alguna en su alma la pusilanimidad con ocasión de la humildad; porque cuanto menos suele presumir cada uno de su propia virtud, aun en las cosas mínimas, tanto más en cualesquiera cosas grandes confía en la virtud divina.

Y del *Martirio de la Virgen*, que constituye si bien lo recordáis, la deudécima de las estrellas que adornan la diadema que ciñe su purísima frente, ¿qué diré? Lo tenemos expresado, así en la profecía de Simeón, como en la historia de la pasión del Señor.

Este Niño, dijo Simeón hablando de Jesús, está destinado para ruina y resurrección de muchos y será el blanco de la contradicción de los hombres, lo que será para ti, oh María, una espada que traspasará tu alma (14). Sí, verdaderamente, Madre bienaventurada, traspasó tu alma la espada, pues no pudo ésta atravesar el cuerpo de tu hijo sin antes traspasar tu corazón.

(14) Lucas, II, 34, 35.

Después que expiró aquél tu Jesús; tuyo de una manera especial, aunque también nos pertenece a nosotros; no tocó su alma la lanza cruel que abrió su costado, que ni aun después de muerto perdonó a quien ya no podía dañar, pero traspasó indudablemente tu alma. El alma suya ya no estaba allí, mas la tuya no se podía de allí arrancar. Traspasó, pues, tu alma la fuerza del dolor, para que no sin razón te prediquemos más que Mártir, habiendo sido en ti mayor el afecto de la compasión, que pudiera ser el sentimiento de la pasión corporal.

¿Acaso no fue para ti cual espada de dos filos que traspasaba realmente tu alma y que llegaba hasta la división del alma y del espíritu, aquella palabra: *Mujer ahí tienes a tu hijo?* (15). ¡Oh, qué trueque! Te entregan a Juan en lugar de Jesús, al siervo en lugar del Señor, al Discípulo en lugar del Maestro, al hijo del Zebedeo en lugar del hijo de Dios, a un puro hombre en lugar del verdadero Dios. ¿Cómo no traspasaría tu afectuosísima alma el oír esto, cuando quiebra nuestros pechos, aunque de piedra, aunque de hierro, la sola memoria de ello? No os admiréis, amadísimos, de que sea llamada María Mártir en el alma. Admírese el que no se acuerde haber oído a Pablo contar entre los mayores crímenes de los gentiles, el haber vivido sin tener afecto. Lejos estuvo esto de las entrañas de María, lejos esté de sus humildes servidores.

Mas acaso dirá alguno: ¿Por ventura no supo anticipadamente que su Hijo había de morir? Sin duda

(15) *Juan, XIX, 26*

alguna. ¿Por ventura no esperaba que luego había de resucitar? Con la mayor confianza. Y a pesar de esto, ¿se dolió de verle crucificado? Y en gran manera. Por lo demás, ¿quién eres tú, cristiano, o qué sabiduría es la tuya, que te extrañes más de María compaciente, que del Hijo de María paciente? El pudo morir en el cuerpo, y María ¿no pudo morir juntamente en el corazón?

Realizó aquello una caridad, superior a toda otra caridad: también hizo esto una caridad, que después de aquélla no tuvo par ni semejanza.

Y ahora, oh Madre de misericordia, postrada humildemente a vuestros pies como la luna, os ruega la Iglesia con devotísimas súplicas que, pues estáis constituida mediadora entre ella y el Sol de justicia, por aquel sincerísimo afecto de vuestra alma, le alcancéis la gracia de que en vuestra luz llegue a ver la luz de ese resplandeciente Sol, que os amó verdaderamente más que a todas las demás criaturas, y os adornó con las más preciosas galas de la gloria, poniendo en vuestra cabeza la corona de hermosura. Llena estáis de gracias, llena del celestial rocío, sustentada por el amado y rebosando en delicias. Alimentad hoy, Señora, a vuestros pobres; los mismos cachorrillos también comen de las miajas que caen de la mesa de su Señor: no sólo al criado de Abraham, sino también a sus camellos dadles de beber de vuestra copiosa hidria; porque vos sois verdaderamente aquella doncella anticipadamente elegida y preparada para desposarse con el Hijo del Altísimo.

FIN

ORACIONES DEVOTAS DE VARIOS SANTOS A LA SANTISIMA VIRGEN

Oración de San Bernardo

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que uno sólo de cuantos han acudido a vuestra protección, e implorado vuestro auxilio haya sido abandonado. Animado con esta confianza yo también acudo a Vos, oh Madre, Virgen de las vírgenes, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados me postro a vuestros pies.

Oh Madre del Verbo: no desechéis mis humildes súplicas, antes bien acogedlas benigneamente. Amén.



San Ildefonso fue en el siglo séptimo arzobispo de Toledo y fervorosísimo devoto de Nuestra Señora. Compuso en su honor varios libros y oraciones que mandaba a las parroquias de su jurisdicción.

Era tan grande su amor a la Madre de Dios que se pasaba los días en continua oración; y como la Virgen corresponde siempre con los que de veras la aman, no eran pocas las gracias que por su mediación alcanzaba.

Cierto día, después de haber celebrado devotamente Misa de pontifical en honor de Nuestra Señora, y mientras daba gracias por los favores recibidos en la capilla del Santísimo, se dio cuenta de que en el altar mayor, sentada en una silla, había una Señora hermosísima que tenía una preciosa casulla en la manos.

Llamando a Ildefonso, le dijo: “En agradecimiento a lo que procuras honrarme, he venido a ofrecerte este regalo. Toma esta casulla que te pondrás siempre en todos los Oficios que celebres en mi honor...”

San Ildefonso

(La esclavitud de amor)

¡El más bello honor a mi libertad! ¡El más grande y más magnífico título de nobleza! ¡La más gloriosa y segura garantía de mi grandeza, que acabará en la vida eterna! ¡En mi pobre tristeza, para mi reparación, yo desearía llegar a ser el servidor de la Madre de mi Señor...! ¡Ansiosamente desearía ser el servidor de la Sierva y Madre de mi Creador!

Como un instrumento dócil entre las manos del Dios Soberano, yo desearía estar ligado al servicio de la Virgen María, consagrado a su servicio. Concédeme, Jesús, Dios Hijo del hombre. Hadme esta gracia, Señor de todas las cosas e Hijo de tu sierva...

Concédeme que yo sirva a tu madre, de modo que Tú mismo me reconozcas por tu servidor; y que Ella sea mi Soberana en la tierra para que tú seas mi Señor por la eternidad.

Ved, mi Señor, con qué impaciencia deseo ser el servidor de esta Soberana; con qué fidelidad me entrego al gozo de su servidumbre; cómo deseo hacerme plenamente servidor de su voluntad; con qué

ardor deseo no substraerme jamás a su imperio, y cuánto quiero no ser nunca arrancado de su servicio. ¡Que pueda yo ser admitido a su servicio, y, sirviéndola, merecer sus favores y vivir para siempre bajo su mandato y amarla por toda la eternidad!

Mi mayor deseo en este mundo es el de ser el servidor de su Hijo, y tener a la Madre por Soberana. Y precisamente, para estar bajo el imperio de su Hijo, yo quiero servirla; para ser admitido al servicio de Dios, quiero que la Madre reine sobre mí como testimonio. Para ser el más fervoroso servidor de su Hijo, aspiro a ser el servidor de la Madre. Pues servir a la Sierva, es también servir al Señor; pues lo que se le da a la Madre se refleja sobre el Hijo, yendo desde la Madre hasta Aquel que Ella ha alimentado, y el Rey ve recaer sobre sí mismo el honor que hace el servidor a la Reina

Oración de San Efén

¡Mi santísima Señora, Madre de Dios! llena de gracia, Vos sois la gloria de nuestra naturaleza, el canal de todos los bienes, la reina de todas las cosas después de la Trinidad... la mediadora del mundo después del Mediador; Vos sois el puente misterioso que une la tierra con el cielo, la llave que nos abre las puertas del paraíso, nuestra abogada, nuestra mediadora. Mirad mi fe, mirad mis piadosos anhelos y acordaos de vuestra misericordia y de vuestro poder. Madre de Aquel que es el único misericordioso y bueno, acoged mi alma en mi miseria y, por vuestra mediación, hacedla digna de estar un día a la diestra de vuestro único Hijo.

Oración de San Pedro Damiano

Virgen bendita, Virgen más que bendita, deteneos en nombre de vuestra naturaleza. ¿Acaso vuestra elevación os ha hecho olvidar vuestra humanidad? No, mi Soberana. Vos sabéis bien entre qué de peligros nos habéis dejado, y cuántas son las infidelidades de vuestros servidores; no estaría de acuerdo tan gran misericordia, con el olvido de tan espantosa miseria. Si vuestra gloria os separa, que la naturaleza os llame... Vos no sois tan impasible que no podáis compadeceros. Tenéis nuestra naturaleza y no otra.

Deteneos, en segundo lugar, en nombre de vuestro poder. Porque el Poderoso ha hecho en Vos grandes cosas; todo poder os ha sido dado sobre el cielo y sobre la tierra. ¿Puede oponerse a vuestro poder el poder divino que ha recibido de vuestra carne la carne que le ha hecho hombre? Vos avanzáis hacia el altar de la reconciliación, no sólo con oraciones, sino con órdenes, soberana más que sierva (*non solum rogans sed imperans, domina non ancilla*).

En tercer lugar, deteneos en nombre de vuestro amor. Yo sé, mi divina Maestra, que sois muy bondadosa y nos amáis con un amor invencible, porque vuestro Hijo y vuestro Dios nos ha querido en Vos y por Vos con un amor sin límites. ¿Quién sabe cuántas veces habéis calmado la cólera del Soberano Juez, cuando la justicia ya iba a partir de Dios para golpear a los pecadores?

Deteneos también en nombre de vuestra singularidad. Todo el tesoro de la divina misericordia os ha sido confiado; y sólo Vos habéis sido elegida para recibir el depósito de una gracia tan maravillosa. Dios no quiere que vuestra mano permanezca ociosa, y

además Vos no buscáis más que la ocasión de salvar a los miserables y derramar sobre ellos la misericordia. No es disminución, sino aumento de vuestro honor, cuando los penitentes son admitidos al perdón, y los justificados a la gloria.

Oración de San Anselmo

... Oh maravilla, yo contemplo a María: a qué altura sublime la veo. Nada hay igual a María; nada, si no es Dios, es mayor que Ella. Dios ha dado a María su mismo Hijo, que, único, igual a El, engendra de su corazón, como amándose a sí mismo; de María El se ha hecho un Hijo, no otro, sino El mismo, de tal manera que, por naturaleza, El fue único y El mismo, Hijo común de Dios y María. Toda la naturaleza ha sido creada por Dios y Dios ha nacido de María. Dios ha creado todo y María ha tenido a Dios. Dios, que ha hecho todas las cosas, se ha hecho a El mismo de María; y así ha rehecho todo lo que había hecho. El, que ha podido hacer todas las cosas de la nada, no ha querido rehacer sin María lo que había sido manchado. Dios es, pues, el Padre de las cosas creadas y María la Madre de las cosas «recreadas». Dios es el Padre que ha construido todas las cosas y María la Madre que ha reconstruido todo. Dios ha engendrado a Aquel por quien todo ha sido hecho; y María ha tenido a Aquel por quien todo ha sido salvado. Dios ha engendrado a Aquel sin quien nada existiría de ninguna forma y María ha tenido a Aquel sin quien nada estaría bien. ¡Verdaderamente el Señor está con Vos, pues El ha hecho que toda criatura os deba tanto!

... Oh buena Madre, os suplico por este amor con

el cual queréis a vuestro Hijo, que así como verdaderamente Vos le amáis, y queréis que sea amado, consigáis que yo también le ame. Así, os lo pido: que se cumpla realmente vuestra voluntad. ¿Por qué no se hará, a causa de mis pecados, lo que sin embargo está en vuestro poder? Señor, sois amigo de los hombres, y habéis tenido piedad de ellos, y Vos habéis podido amar, y hasta la muerte, a vuestros enemigos. ¿Podéis rehusar el amor para Vos y para vuestra Madre a quien os lo pide? Oh Madre de Aquel que nos ama, que habéis merecido llevarle en vuestro seno y amantarlo en vuestro pecho, ¿no podréis, o no queréis, conceder el amor para el y para Vos a quien os lo pide? Que mi espíritu os venere como Vos sois digna; que mi corazón os ame como es justo; que mi alma os estime como le es beneficioso; que mi carne os sirva como debe; que en esto se consuma mi vida, a fin de que todo mi ser os cante durante la eternidad. Bendito sea el Señor eternamente. Así sea, así sea.

Oración de San Alberto Magno

Ah, ¡qué bella y graciosa estáis en medio de vuestros encantos! ¿No es delicioso ver y cumplir lo que es tan agradable de decir y meditar? Yo no hablo al corazón frío y desdeñoso, sino al corazón piadoso. Pensad, os ruego, en esto: una joven, Virgen y Madre a la vez, tenía en su seno virginal a su propio Hijo, y sabía que era Dios y hombre; y El, con sus tiernas manos, abrazaba el pecho sagrado de la Virgen, y ella con sus bienaventurados brazos envolvía el pequeño cuerpo de su Hijo; El, bebiendo, levantaba los ojos con bondad hacia el rostro de su madre, y Ella, incli-

nando su santa cabeza, miraba con devoción a los ojos de su Hijo. Pero todo esto es bien poca cosa sin el misterio de su intimidad. En todo lo que acabamos de decir, ¿cuáles serían los pensamientos de los corazones de la Madre y del Hijo?: Teniendo a su pequeño, Ella meditaba cómo lo había tenido, de dónde le había venido, y todo lo que había visto y oído por el ministerio de los ángeles, de Isabel, de los pastores, de los Magos, y todo ello le llevaba a meditar sobre lo que debía sucederle en el mundo a este pequeño; y El por su parte, acostado sobre el seno de la humilde joven, a quien sus propios vecinos no se habían preocupado de reconocer, pensaba de qué modo la propendría a los hombres y a los ángeles y la haría invocar por todos como el abogado de los suyos: y mientras bebía de su seno, decidía ya, secretamente, la redención del mundo...

Ella lleva un fruto que sobrepasa toda dulzura. Todo lo que está en María, todo lo que viene de María es dulzura. Dulce es el espíritu de María, como Ella misma lo atestigua¹. *Mi espíritu es dulce*². Dulce es María, que puso en el mundo un hijo tan dulce, del cual Ella misma dijo: *Mi bienamado es todo deseable*³. Dulces son los pensamientos de María, de quien San Jerónimo dijo en un sermón: «La gracia del Espíritu Santo la había colmado plenamente. El divino Amor la había inflamado por completo, tanto que no había en Ella nada que estuviese atado al mundo, sino que todo era fuego continuo y embria-

¹ Es la sabiduría que habla: porque María es como su personalización humana.

² Eccli 24,27.

³ Cant 5,6.

guez de un amor desbordante»⁴. Dulce era la palabra de María, como así lo atestigua su Esposo: «Miel destilan sus labios, miel y leche de su boca»⁵. Dulce fue la entrada de María en este mundo, puesto que fue preservada de toda mancha de pecado. Dulce fue su vida, pues fue preservada de toda caída en el pecado actual.

De esto San Agustín da testimonio: «Cuando se trata de los pecados no quiero hacer mención de Ella.» Dulce fue la partida de María, ya que fue preservada de las amarguras de la muerte, a la que todos estamos entregados, según el testimonio de la Iglesia: «La Santa Madre de Dios sufrió la muerte temporal, pero no pudo ser retenida en los lazos de la muerte.» Dulce es el nombre de María, que por todas partes promueve la devoción de la Iglesia de los fieles. Decidme, os lo ruego, de dónde vienen esos suspiros, y el murmullo, y la postración de la muchedumbre piadosa con la Iglesia, cuando un clérigo pronuncia el nombre de María. Ella es como un dátil lleno de dulzura, y es dulce en nosotros. También la Iglesia canta: *Oh dulce María*⁶. Dulce es la imagen de María, que los artistas hacen, con tanto esplendor, tanto celo y tanta dulzura, con preferencia sobre las imágenes de los otros santos, y que los fieles veneran con tanta alegría, antes que a cualquier otra. ¿No veis que las iglesias están llenas de la imagen de María? Esto es señal evidente de que todo corazón debe estar lleno de su memoria. He aquí los dulces frutos de la palmera. He aquí estos dátiles que María ha derramado sobre la tierra de los mortales. ¿De qué calidad

⁴ Epist 9. PL 30,136.

⁵ Cant 4,11.

⁶ Antífona *Salve regina*.

serán los que distribuye a los ciudadanos de allá arriba en la patria de los vivos? Allí la veremos, no en su imagen de oro o de margil, sino cara a cara, en su cuerpo santísimo. Allí veremos su rostro con nuestros ojos, que hemos deseado ver, llorando, por tan largo tiempo aquí abajo. Allí nos sentaremos cerca de nuestra Madre, de la que ahora estamos tan alejados. Allí podremos hablar no de Ella, sino con Ella. Allí no abandonaremos ya nunca su gloriosa presencia. Oh, ¿cuánto llegará eso?

¿Pensáis que la veremos? ¿Pensáis que perseveraremos? ¿Pensáis, Madre de Misericordia, que esté escrito en alguna parte en el libro de vuestro Hijo que debamos veros así con El? Que esperándolos, os lo ruego, «vuestras lágrimas nos sean el pan y el día y la noche» hasta que nos sea dicho: ¡Hijo, he aquí a tu Madre! ¡Niños, he aquí a vuestro Hermano!...

Dichos famosos de los santos en alabanza de la Virgen

San Agustín

María es más feliz por comprender la fe de Cristo que por concebir la carne de Cristo. Su unión maternal no le hubiese servido de nada si no hubiera sido más feliz de llevar a Cristo en su corazón que de llevarle en su carne.

De la Santa Virgen María, para honor de Cristo, no quiero que haya duda cuando se trata de pecados. Sabemos, en efecto, que le fue concedida una gracia mayor para vencer en todo momento al pecado, porque ha merecido concebir y dar a luz al que es seguro que no tuvo ningún pecado.

San Basilio de Seleucia

Si Dios ha colmado de gracias a sus buenos servidores, ¿cuáles serán los dones concedidos a su Madre? ¿No serán incomparablemente superiores a los

favores concedidos a los servidores? Esto es evidentemente. Si Pedro ha sido proclamado bienaventurado, ¿no llamaremos bienaventurada entre todos a la Virgen que ha dado a luz a aquel a quien Pedro ha confesado? San Pablo es llamado vaso de elección, porque ha llevado el nombre de Cristo por toda la tierra; ¿qué vaso es, pues, la Madre de Dios?... Oh Virgen Santísima, por más prerrogativas y por más gloria que mi piedad os atribuya, quedaré siempre muy inferior a la verdad.

Oh Virgen Santísima; el que haya dicho de Vos todo lo que hay de venerable y de glorioso no ha pecado contra la verdad, sino que ha quedado muy por debajo de la realidad de vuestra dignidad.

San Germán de Constantinopla

Así como la respiración aporta la prueba de que nuestro cuerpo posee todavía su energía viviente, así vuestro santísimo nombre incansablemente pronunciado por la boca de vuestros servidores, en todo tiempo y lugar y de todas maneras, es la gran prueba, y más aun que la prueba, es la causa o motivo de la vida, de la alegría y del socorro de nuestras almas...

Yo lo sé, Vos tenéis, en vuestra calidad de Madre del Altísimo, un poder igual a vuestro querer. Por eso mi confianza en Vos no tiene límites.

Nadie ha sido colmado del conocimiento de Dios más que por Vos, oh Santísima; nadie ha sido salvado más que por Vos, oh Madre de Dios; nadie escapa a la servidumbre más que por Vos, que habéis merecido llevar a Dios en vuestras entrañas virginales..., gracias a vuestra autoridad maternal sobre Dios mis-

mo, Vos obteneís misericordia para los criminales más desesperados. Vos no podéis ser desatendida, pues Dios condescendiente en todo y por todo a la voluntad de su verdadera Madre.

mo, Vos obtenéis misericordia para los criminales más desesperados. Vos no podéis ser desatendida, pues Dios condescendiente en todo y por todo a la voluntad de su verdadera Madre.

No hay nadie, oh Santísima, que se haya salvado si no es por Vos. Nadie, oh Inmaculada, se ha librado del mal si no es por Vos. Nadie, oh Purísima, recibe los dones divinos si no es por Vos. A nadie, oh Soberana, la bondad divina concede sus gracias si no es por Vos.

San Pedro Damiano

Aquí, mis queridos hermanos, os pido que penséis cómo somos deudores de la bienaventurada Madre de Dios, y qué de acciones de gracias le debemos rendir, después de a Dios, por tan gran beneficio. Pues este cuerpo de Cristo que Ella engendró y llevó en su seno, que envolvió en pañales, que alimentó con su leche con una solicitud materna, es el mismo Cuerpo que recibimos en el altar; es su Sangre la que bebemos en el Sacramento de nuestra redención. Esto es lo que sostiene la fe católica, y lo que enseña la Santa Iglesia. No, no hay palabras humanas que sean capaces de alabar dignamente a Aquella de quien tomó su carne el Mediador entre Dios y los hombres. Cualquier honor que le pudiésemos dar, está por debajo de sus méritos, ya que Ella nos ha preparado en su casto seno la Carne inmaculada que alimenta nuestras almas. Eva comió un fruto que nos privó del

eterno festín; María nos presenta otro que nos abre la puerta del banquete celestial.

San Luís Grignón de Monrfort

“Como quiera que toda nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, resulta que la más perfecta de las devociones será la que más nos conforme, nos una y nos consagre totalmente y lo más perfectamente posible a Cristo. Ahora bien: Siendo María la criatura más conforme a la voluntad de Cristo, se sigue que, la entrega más completa y total a Ella, es la que más nos une y nos hace vivir consagrados totalmente a Cristo...

“De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua. La primera es usando su fuerza y sabiduría, y con buenos instrumentos ir labrando la figura... Largo, difícil y expuesto es este primer modo: un golpe mal dado bastaría para echarlo todo a perder. En cambio, el segundo modo es mucho más fácil y menos peligroso; bastaría con tener un molde perfecto y que la materia empleada sea completamente manejable... Este molde perfectísimo es María, y nosotros somos la materia, que si nos damos totalmente a Ella y no le oponemos resistencia, nos hará completamente semejantes a Cristo, cual es la figura del molde que es Ella misma”.

INDICE

Prólogo.....	5
Cap. I María admiración de cielos y tierra. ...	7
Cap. II María Oráculo del Altísimo.....	19
Cap. III María llena de gracia.	41
Cap. IV María la Madre de Dios.....	62
Cap. V María la Medianera universal.	75
Cap. VI María coronada de estrellas.	97
Oraciones devotas de varios santos.....	119
Dichos famosos de los santos en alabanza de la Virgen.....	129